

He aquí el fundamento en que descansa la cuarta objecion que nos proponemos resolver contra cierta escuela político-filosófica, que pretende sostener que la influencia del principio religioso en la sociedad puede reemplazarse ventajosamente con el equilibrio de los intereses materiales. Mas para sostener esta idea, seria necesario demostrar: primero, que el sistema monetario puede afectar exclusivamente á todos los individuos de un pueblo, haciendo desaparecer del todo sus sentimientos morales, religiosos &c: segundo, que la sociedad puede subsistir y el gobierno sostenerse con solo el desarrollo de ese sistema en sus aplicaciones á la política: tercero, que de hecho haya un pueblo sostenido exclusivamente por la influencia del principio monetario. Si no llegan á demostrarse estas tres cosas, ó por lo ménos las dos últimas, nada se ha adelantado contra los derechos políticos del principio religioso: porque seria un miserable sofisma deducir una consecuencia total de una influencia parcial, y un pésimo modo de discurrir, buscar la perfeccion de la sociedad en lo que no puede ménos de corromperla y destruirla, si obra sin trabas y no tiene principio alguno regulador. Eliminemos pues de todo punto la religion y su moral: ¿qué queda? Las combinaciones políticas y los intereses materiales. ¿Qué prometen las primeras? El establecimiento de la sociedad: ¿qué dan efectivamente? ojas de papel, que tienen, como las de los árboles, su primavera en que seducen, y su invierno en que caen y son arrojadas por el viento

que domina. ¿Qué obran los intereses materiales? el bien estar político y civil de la sociedad, cuando están dirigidos por el principio moral y combinados con los intereses del espíritu; revoluciones sin término, cuando están en lucha con ellos; desconcierto y ruina de las naciones, cuando preponderan y obran sin asociacion y sin trabas. Pero bien, dése al principio monetario toda la estension que se quiera, dése á la combinacion política en su aislamiento, toda la perfeccion imaginable, dése al interes material del individuo cuanta intensidad se conciba: ¿ya se salvaron todas las dificultades? El dinero será una bella posesion para el que lo tiene; una desesperacion para el que no lo consigue; y mientras estemos en este caso, y sea un imposible físico el que todos sean propietarios, no habrá poder humano que libre á la sociedad de los estragos consiguientes á esta desigualdad funesta: el problema estará siempre por resolver, y la mas feliz combinacion del entendimiento se estrellará contra la impotencia de hecho, y no fijará el hasta aquí de sus ensayos especulativos al orgullo de la ciencia, ni el de sus tentativas prácticas al espíritu de rebelion.

No nos cansemos, mientras no se cambie la naturaleza humana, los hombres siempre han de ser esencialmente los mismos: mientras esto suceda, habrá de todo en el sistema social, fe, incredulidad, zelo, indiferentismo, sentimientos, impiedad, virtudes, crímenes, opulencia, miseria, triunfos y derrotas en el combate de las ideas, triunfos y derrotas en la lucha de los partidos; y mién-

tras no haya un principio tan universal, tan indefinido, como el principio religioso, quedará en pié la dificultad, y correrá como una paradoja mas ó ménos ridícula el enfático aserto de que la religion ha dejado de ser ya un elemento político y esencial en la ciencia del gobierno para el órden, la conservacion y prosperidad de las naciones. ¿Porqué el principio monetario no es universal? porque no todos lo anteponen á todo, y mucho ménos lo sacrifican todo á él; porque no todos consideran á salvo su fortuna con solo el desarrollo de este principio; porque de suyo se ligá con la codicia, y la codicia pone en lucha los intereses individuales entre sí: porque no todos son ricos ni aun medianamente acomodados, sino que la mayor parte son pobres y menesterosos. ¿Porqué no es indefinido? porque estriba en puntos materiales, contingentes, destructibles, á diferencia del principio religioso, que descansa sobre principios espirituales, esenciales y eternos. Independientemente de su empeño, y á pesar de su extrema solicitud, y sin que valgan nada ni la economía ni el cálculo, vienen frecuentemente á tierra cuantiosas fortunas y casas opulentas, como se embota el entendimiento y se gasta el corazon en los placeres físicos; al paso que el principio moral lo enriquece todo sin perder nada en su fuente, satisface sin destruccion, sostiene agradablemente la vida, y no ha visto nunca la última calamidad en la muerte. Los políticos modernos debieran tener ménos orgullo, si considerasen un poco mejor las relaciones históricas que presenta esta cuestion im-

portante: porque si se trata de los hechos, no es de ayer la opulencia del comereio, ni el interes del dinero, ni el movimiento progresivo de la industria y de las artes: tampoco es de ayer el materialismo filosófico y las tendencias al positivismo político; ni sería un hecho enteramente nuevo el que se consumase la ruina de una sociedad, no por falta de fomento en el comercio, en las ciencias y en las artes, no por falta de adulaciones al egoismo; sino mas bien, por la indiscreta manía de querer apoyar exclusivamente en el principio material todo el sistema de la política y la legislacion. Téngase presente, que las revoluciones las hacen los pueblos; que no habrá recurso contra ellas, mientras solo se cuente con los intereses y las pasiones; que la mayoría de los pueblos aun en las sociedades mas cultas, mas adelantadas, mas industriosas, mas artísticas, &c. &c., se compone de pobres, necesidades é impotentes; que un vínculo comun los une á todos, y es el deseo de tener; que varias diferencias los separan; porque unos son miserables, porque no pueden trabajar, otros porque no quieren, otros porque ni pueden ni quieren, otros porque pueden y quieren, pero no tienen quien los ocupe; porque la perfeccion de las máquinas é instrumentos ha reducido prodigiosamente la necesidad los brazos y la ocupacion de los pobres: pues bien, suprimase aquí la religion, destrúyase el poder de la conciencia, rsdúzcase todo á los temores físicos: ¿que queda? el hambre en frente de la opulencia, y por consiguiente, las hostilidades rotas en los pueblos mas civilizados.

Si hubo un tiempo en que las circunstancias favorecían demasiado los ensanches de esa política bastarda que lucha por estirpar de la tierra el principio religioso, fué durante la revolución francesa. No dejó entónces piedra por mover el materialismo; y es mui grato para nosotros hacer escuchar la voz de uno de los mas elocuentes oradores de la tribuna de ese pueblo en el año de 1802, es decir, cuando se habia hecho ya la dolorosa experiencia de todos desengaños. Sin duda alguna Mr. Portalis habia comprendido bien, que la proscripción del principio religioso, ocupaba la funesta primacía en las causas que acababan de precipitar sobre la Francia tantos crímenes, de inundarla en un mar de sangre, y de transformar en sepulcros las moradas de los hombres. „Vemos nosotros, dice, los crímenes que la religion no impide; ¿pero hemos visto ya todos aquellos que la religion precave? ¿Somos capaces nosotros de escudriñar las conciencias, y de ver allí todos los negros proyectos que la religion ahoga, y todos los saludables pensamientos que hace nacer? ¿De dónde viene, que los hombres, que en lo particular nos parecen tan malos, sean en masa tan honrados? ¿No será porque las inspiraciones, los remordimientos, á que ciertos malvados resisten y á que los buenos no siempre ceden, bastan para regir al comun de los hombres en la mayoría de los casos, y garantir, en el curso de vida, esa direccion uniforme y universal, sin la cual seria imposible una sociedad duradera?

„Por otra parte, mucho se engaña quien contemplando

la sociedad humana, se figura que esta gran máquina es capaz de andar con un solo uno de los resortes que la hacen mover: este error es tan evidente, como peligroso. El hombre no es un ser simple; y por lo mismo, la sociedad, que consiste en la union de los hombres, es el mas complicado de todos los mecanismos. ¡Ojalá nos fuera posible descomponerla! mui pronto distinguiríamos allí el prodigioso número de los resortes imperceptibles que le imprimen el movimiento y le aseguran la conservación! Una idea recibida, un hábito, una opinion que casi no se advierte, ha sido no pocas veces el principal cimiento del edificio. Se cree que las leyes son las que gobiernan; y no son sino las costumbres; y las costumbres son el resultado lento de las circunstancias, de los usos, de las instituciones. *Fuera de la religion, nada existe entre los hombres, que abraze á todo el hombre.*” (1)

Esto es claro y concluyente: claro, porque todo el mundo sabe que la religion, y solo ella, somete la parte espiritual y la parte material de los hombres: rectifica los pensamientos y gobierna los actos: solo en ella tiene un significado propio y un valor intrínseco la virtud. Es concluyente, porque lo que no comprenda á todo el hombre, tampoco puede dominarlo, dirigirlo, gobernarlo exclusivamente. Lo intereses son resortes y mui importantes; pero parciales y subalternos por su naturaleza, y por tanto, insuficientes para regir por sí mismos al mundo político:

(1) *Choix de rapports. t. XVIII, pág. 42.*

„Quitad la religion á la masa de los hombres: ¿cómo la reemplazaréis? Si el pueblo no está preocupado por el bien, lo estará por el mal: porque ni el espíritu ni el corazón pueden conservarse vacíos.”

„Cuando no haya religion, tampoco habrá patria ni sociedad para los hombres, quienes, ántes bien, recobrando su independencia, no serán dueños de la fuerza, sino únicamente para abusar de ella.” (1)

Sin embargo, hai quienes pretendan, que esas trabas saludables que impone la religion en la sociedad para su conservacion y progreso, están en contradiccion con el principio democrático, y deben proscribirse de unas instituciones liberales. ¿Qué dirémos de esta nueva paradoja? que para discurrir de esta suerte, es preciso comprender á medias la sociedad: porque bien entendida, no es posible que ella subsista, y ménos aun que prospere, si obedeciendo á un extremo, cualquiera que sea, no modifica su accion por otros medios que producen la compensacion, el equilibrio, y dan esa direccion recta y constante á los verdaderos principios sociales. Nosotros pensaríamos de ese modo, si las instituciones trasformasen al hombre, si le regenerasen, aniquilando sus pasiones y conservando únicamente los elementos preciosos de la verdad y la virtud; pero por desgracia, el hombre siempre es hombre.

„¿Y en qué momento se ha sometido al examen de

(1) *Ibid.* pág. 45.

los gobiernos, dice el autor citado, la grande cuestion sobre la utilidad ó necesidad de las instituciones religiosas? En el instante mismo en que acaba de conquistarse la libertad, en que se han hecho desaparecer todas las desigualdades afflictivas, en que se ha moderado el poder y se han endulzado todas las leyes. ¿Y son estas las circunstancias propias para abolir y ahogar los sentimientos religiosos? Precisamente los Estados libres son aquellos en que la religion es mas necesaria: y es, dice Polibio, que para no verse obligado á otorgar un poder peligroso á ciertos hombres, el mas fuerte temor debe ser el de los Dioses.” (1)

¿Y en qué país, añadiríamos nosotros, se tendría ménos derecho para excluir al catolicismo de los principios que organizan y conservan la sociedad? Si en otros pueblos, si en el mas culto y uno de los mas opulentos de la Europa, no hallaba con que reemplazar la religion el orador célebre que acabamos de citar, ¿qué dirémos de la república mejicana? ¿Dónde está su industria? ¿dónde sus artes? ¿dónde su comercio? ¿dónde la materia prima de esa inmensa combinacion de intereses materiales, con que habia de reemplazarse ventajosamente la influencia del principio religioso? Pero es tiempo de callar: harto propio tiene sobre sí, hartas humillaciones, hartos desengaños, para dejar correr la pluma sobre tan triste materia.

(1) *La misma obra y tomo pág. 45.*

Concluyamos: la idea de que la religion ha dejado de ser necesaria en la política, es un delirio del materialismo, en primer lugar, porque no puede suponerse que el interes monetario valga por todo en la mayoría de un pueblo, ni en las combinaciones y elementos de ningun gobierno; en segundo, porque de hecho no hai un pueblo ni gobierno alguno que pueda eliminar la religion, para examinar la realidad de las cosas. En efecto, ora se conserve la religion en las leyes, ora no se cuente con ella de derecho, el hecho es que ella siempre existe en las masas, siempre obra sobre los intereses, siempre de halla entre los artículos tácticos de la verdadera constitucion política, que está en los hábitos y en las costumbres. El mismo Norte de la América, esa república-modelo, donde se ha desarrollado tanto el principio monetario, donde las mas graves cuestiones se agitan y resuelven aritméticamente, no puede lisongearse de haber excluido el principio religioso, y puntualmente su prensa periódica nos manifiesta con mayor claridad hoy que nunca, cuánto influye este principio religioso en el carácter de las opiniones y en el triunfo de los partidos.

Quinta objecion.

Pretenden algunos, que la unidad religiosa de un pueblo debe sacrificarse al aumento súbito de la poblacion, el cual solo puede conseguirse de pronto por medio de

la colonizacion extranjera. Esta colonizacion, no puede producir todas las ventajas sociales, en concepto de tales hombres, sino por medio de la tolerancia en materia de religion, y por lo mismo consideran que el principio de la intolerancia en pueblos homogéneos debe sufrir una excepcion, cuando estos son poco numerosos. He aquí la quinta objecion que nos proponemos resolver.

Para que ella tuviese alguna fuerza, seria necesario demostrar: primero, que en el cómputo de las ventajas é inconvenientes relativos á las dos situaciones sociales que aquí debieran compararse, eran mayores en concepto del pueblo las ventajas, y menores los inconvenientes en el caso de la colonizacion, bajo los auspicios de la tolerancia, que en el de la unidad religiosa en una poblacion reducida: segundo, que no podian conseguirse las ventajas de la colonizacion sino á espensas de esta misma unidad religiosa. Pero una y otra suposicion es á todas luces falsa: la primera, porque pugna con los mejores principios de organizacion política; la segunda, porque se estrella contra el cálculo de la probabilidad en vista de los hechos.

En cuanto á lo primero, basta reflexionar, que si el aumento de la poblacion es un bien, será, ó porque aumenta la fuerza resistente contra una invasion injusta, ó la fuerza de ataque contra un derecho conculcado por las naciones extranjeras, ó porque facilite el curso de la civilizacion y los progresos del comercio, ó porque adelante las ciencias, perfeccione las artes, fomenta y esti-

mule la industria: pues á nadie le ocurrirá nunca desear un incremento de poblacion, tan solo para representar *veinte* en lugar de *diez* en una carta geográfica. Pues bien, si se trata de la fuerza, ella consiste mas bien en la unidad de la accion, que en el número de los que cooperan, y por otra parte, las alianzas, los tratados, los recursos mismos de cada pueblo valen ordinariamente mas que el número mayor ó menor de sus individuos. La homogeneidad del culto comunica á las naciones tanta fuerza de intensidad como la que les quitaria un cisma religioso, inevitable en la improvisacion de la tolerancia en un pueblo que solo un culto profesa; y para citar un ejemplo bastante conocido, recordemos aquí que Roma no quedó indefensa, sino cuando perdió con el ensanche de su poblacion, y el indiferentismo religioso, que arrastra casi siempre los pueblos al indiferentismo político, aquella fuerza y aquel poder que le habian bastado en otro tiempo, no solo para ser invencible, sino para sojuzgar á todos los pueblos. De aquí provino aquel empeño constante que tuvieron sus primeros políticos en conservar á todo trance la unidad religiosa, levantando la intolerancia al rango de una máxima tutelar para los mas grandes intereses de la República. Por otra parte, en este punto el juicio toca á los pueblos, si es que alguno tiene derecho de decidirse contra los principios sociales; y un pueblo, cualquiera que se suponga, mientras sea católico, no conocerá un interes mayor que el de su religion, ni admitirá ventaja ninguna

preferible la unidad de un culto en que tiene fijas todas sus afecciones, y vinculados sus intereses mas caros, y apoyadas sus esperanzas mas seguras y mas sólidas.

En cuanto al comercio, la industria, las ciencias, las artes, la cultura y la civilizacion, ya hemos demostrado, que no pueden hallar obstáculo ninguno en la intolerancia religiosa de un Estado, cuando el cristianismo es el que ha civilizado la tierra; y que el más y el ménos en la suma de los descubrimientos y en la carrera de los adelantos, no es una diferencia preferible á la conservacion de una homogeneidad que lleva en sí misma todos los medios, todos los recursos y todas las fuerzas tutelares conservadoras de la sociedad.

El Estado mas feliz no es el mas artístico, ni el mas inventor, ni el mas comercial, ni tampoco el mas numeroso; sino aquel en que las costumbres están mas conformes con las leyes, y mejor combinados los elementos que suelen causar divisiones en los pueblos; (*) donde las preciosas garantías que proporciona el estado social son efectivas y no puramente nominales; donde el amor á las leyes y á las instituciones, el respeto al gobierno, el interes comun por la moral, la feliz combinacion de la libertad con el órden, el sentimiento profundo de las ventajas de la institucion en las comodidades de la vida, engendran ese espíritu público, que triunfa de todos los

(*) *Vease á Bálmes en su obra del Protestantismo. Capp. LIV y siguientes.*

sonatos de rebelion y de todas las tentativas de la guerra: y estos caracteres de bondad que se refieren, no al número sino á las cualidades de la poblacion, son la obra del principio católico, y lo hacen preferible á todas las ventajas accidentales que pudieran traer al Estado los nuevos colonos con sus ciencias, sus artes, su cultura, su civilizacion, su industria, su comercio; y tambien con sus vicios, su corrupcion, sus intrigas &c. &c.

Pero ¿que! ¡aquellos mismos bienes de una buena colonizacion no pueden conseguirse sino á expensas de la unidad católica? Esta es otra paradoja que seria ridícula, si el fascinamiento de ciertas ideas no fuera tan comun en algunas inteligencias. ¿Qué! ¿solo entre las sectas extrañas hai empeño en colonizar? ¿Solo entre ellas hai comercio, artes, ciencias, industria, civilizacion y cultura? ¿ó ha de ser tan grande el número de los colonos, que cada secta deba dar su contingente, por no bastar la inmensidad de católicos que hai en toda la tierra? O el interes de la religion es preferible á los otros, ó no. Si lo primero, ¿porqué no tendríamos católicos en multitud, que viendo abierta una tierra hospitalaria y católica, viniesen á poblarla? Si lo segundo, ¿porqué las otras sectas no vendrian á especular con su industria, sin que les sirviese de obstáculo la falta de tolerancia?

Poco reflexiona sobre los verdaderos intereses de un pueblo, quien desconociendo su posicion, sus adelantos, su hábitos &c., se empeña en hacerlo progresar contra el orden de la misma naturaleza, cuyo movimiento, mé-

nos veloz, pero mas progresivo que el de las teorías y las revoluciones, por estar ménos expuesto á la irregularidad y á la destruccion, cosas que suelen hacer retroceder las sociedades, es el único que debe procurarse con esperanza de un éxito seguro. En una sociedad nada falta cuando se cuenta con todos sus elementos naturales; y estos elementos son tan inherentes á la sociedad misma, que solo pueden desconcertarse por la violencia que ejerzan contra ella las exageraciones políticas.

Estos elementos naturales consisten precisamente en la capacidad física y moral de reunir los medios de existencia, conservacion y duracion de un Estado, y estos medios, si no son extraños á lo exterior, material y accidental, como sucede con las riquezas propiamente dichas en el sentido vulgar, y con un más ó un ménos en la suma de la poblacion; no consisten ni pueden consistir en esto: porque, suponiéndolo así, vendriamos á concluir, que no podia existir sociedad alguna sin riquezas materiales en cierto grado, y sin un determinado número en la escala de la poblacion, lo cual seria un absurdo. Pero oigamos á un autor moderno discurrir sobre esta cuestion importantísima de un modo tan analítico como seguro.

„Las riquezas tomadas en un sentido general, y filosófico, son los medios de la existencia y de la conservacion; y *opes* en la lengua latina, significa igualmente *riquezas y fuerzas*.

„Para el individuo, que es un ser físico, estos medios

consisten en las riquezas materiales, en los productos del suelo y de la industria, ó en el signo que representa todos los productos y sirve para procurárselos."

„Para la sociedad, que es un ser moral, los medios de la existencia y de la duracion son las riquezas morales, las fuerzas de conservacion; las costumbres para la sociedad doméstica; las leyes para la sociedad pública. Si, la sociedad es un cuerpo moral: la religion es su salud; el gobierno su fuerza; sus bienes consisten en sus virtudes. La guerra, la peste, la hambre, no serian capaces de destruirla; un libro solo bastaria para aruinarla."

„La verdadera riqueza de las naciones consiste pues en su fuerza, y aun únicamente en su fuerza moral, es decir, la que viene de la constitucion y de las leyes políticas y religiosas. No se trata de la fuerza física, pues trayendo esta su origen de la poblacion y de los recursos, existe necesariamente mas ó ménos en toda nacion: porque de hecho, ni puede haber nacion sin una poblacion suficiente, ni existir esta sin recursos para subsistir. Se trata de esa fuerza moral, á que se refiere Tácito, cuando opono el vigor de las costumbres entre los germanos á la opulencia y al fausto del imperio de los partos."

„Los impuestos mismos, léjos de constituir una riqueza, son una verdadera necesidad; y mas necesidades ciertamente no constituyen mas riquezas."

„La fuerza moral, es pues, vuelvo á decirlo, la verdadera riqueza de una nacion, y el medio único de que puede servirse con buen éxito para conservarse. En efecto,

una nacion independiente deja de conservarse por los vicios de sus leyes, mas bien que por una falta de poblacion y de riquezas territoriales ó industriales: porque una constitucion viciosa le sirve de obstáculo para emplear con buen éxito en su defensa interior así su poblacion como los productos de su suelo y de su industria; y no pocas veces convierte á su pérdida todos los medios de defensa naturales ó adquiridos con que se cuenta. Hombres y dinero ha tenido la Turquía; pero en vano, porque ninguna de estas cosas ha sido parte á impedir el que cayese progresivamente en el último grado de debilidad política. La misma Polonia, único Estado independiente que de Carlo Magno á esta parte haya sido borrado de la lista de las naciones cristianas, tenia por cierto bastante poblacion, y sobre todo suficientes recursos con que se hubiera conservado, si hubiese encontrado en su constitucion algun principio de conservacion, ó para mejor decir, si esta constitucion tan contraria á la naturaleza de la sociedad, no hubiera encerrado en sí misma ciertos principios destructores que tarde ó temprano habian de haber arrastrado á este país á su pérdida, aun cuando hubiese tenido vecinos." (1)

Desengañémonos: una nacion cualquiera, en el hecho de serlo, cuenta necesariamente con todos los recursos físicos de poblacion y de riquezas materiales: lo que se

(1) BONALD. *De la Richesse des nations. Mélanges littéraires. T. II, pág. 346.* (Ed. de Paris de 1839.)

busca en ella para conservarla, no son pues estas cosas que de suyo aumentan y prosperan bajo el influjo de las costumbres y de las leyes; sino la riqueza moral, la fuerza moral, el poder moral, elementos primitivos, sin los cuales ninguna sociedad se conserva, y con los cuales basta para que haya riqueza física, fuerza física, poder físico. Un error de nuestro siglo es haber sobrepuesto el orden físico al orden moral. ¿Qué ha resultado de aquí? La preponderancia de la riqueza material sobre las otras, en el conjunto de los elementos sociales, no solo ha destruido le influjo de la riqueza moral, anulando ó prostituyendo el talento, el saber, la aptitud, los sentimientos grandes y generosos y las aplicaciones felices que multiplican las virtudes sociales; sino que ha entronizado el agio en los gabinetes, y dilatado mas y mas los espacios que recorre la miseria sobre las masas: la preponderancia de la fuerza física sobre la fuerza moral ha perpetuado la rebelion, destruido la subordinacion militar, desencadenado los furores de una soldadesca brutal sobre los destinos de los pueblos, acabado con el espíritu público é inutilizado la fuerza física, para cuando era mas necesaria, entregando las naciones enteras al poder iniquo de un invasor. Para destruir la sociedad, no es necesario aniquilar un elemento suyo; basta invertir el orden con que estos se reunen, se combinan y se aplican á su objeto, que es la perfeccion de los estados.

Desiran pues y mucho los que buscan en un incremento de poblacion remedios eficaces para un pueblo

desahuciado, á quien consume ya la podredumbre por el cáncer que han echado sobre él el desconcierto de los hábitos, la corrupcion de las costumbres, la extincion de los sentimientos, los vicios de las leyes, los abusos del poder, la lucha de los partidos, los intereses reprobados, y en una palabra, cuanto mengua ó destruye los verdaderos elementos de existencia y de conservacion, la riqueza moral, la fuerza moral, el poder moral, sin los cuales no puede existir ni conservarse sociedad ninguna.

Si pues esta riqueza moral es preferible á todo, porque es necesaria sobre todo; si es inseparable del principio religioso, si este principio existe en toda su verdad, en toda su extencion, en toda su fecundidad, en toda su perpetuidad, dentro de la Iglesia católica, porque solo aquí se profesa la religion verdadera; si se discurre sobre un pueblo en que esta religion no solo exista, sino que sea dominante; no solo sea dominante, sino exclusiva; sobre una sociedad en que el catolicismo es la religion del gobierno, la religion del pueblo, la religion de todo el Estado: no será el mayor delirio buscar en la tolerancia, como medio de colonizacion, el remedio de unos males que nacen precisamente del menoscabo del principio moral, y que no pueden corregirse ciertamente, como se ha dicho ya, con la sola aplicacion del elemento físico? Desengañémonos: ni el aumento de la poblacion es una cosa preferible á la homogeneidad del culto, ni una cosa que solo pueda conseguirse con sacrificar, por la tolerancia, la unidad religiosa de un pueblo exclusivamente católico.